

## CAPITULO XLIX.

Manda Pizarro una embajada al Inca, y recibe á los enviados de este.—Llegan los españoles á Caxamalca.—Prision de Atahualpa y mortandad de los peruanos.—Inmenso botin que recogen los españoles.—Fabuloso rescate ofrecido por el Inca.—Llegada de Almagro con nuevos refuerzos.

Cinco días llevaba ya Pizarro de marcha cuando comenzó á observar algunas señales, aunque muy leves, de descontento en su reducida hueste.

Conoció el grave mal que de aquello podía resultarle, y la necesidad en que se hallaba de evitar la propagacion, puesto que se iba internando en el corazon de un país completamente desconocido, y donde los peligros habian necesariamente de aumentar á cada paso que fuesen dando.

En circunstancias análogas vimos á Cortés, para quitar á sus soldados los medios de abandonar, echar á pique sus naves, pero Pizarro, que no podía recurrir á ese extremo, reunió á su gente, y les manifestó que el que quisiera podía volverse atrás y quedarse en San Miguel, cuya guarnicion era bastante corta.

Por este medio, como dice muy oportunamente Prescott, «ofreció un pretexto decente á los descontentos para que se separasen, é hizo desaparecer el obstáculo de la vergüenza y el pundonor que aun podía obligarles á permanecer en su campo.»

Nueve fueron únicamente los que se aprovecharon del permiso tan diestramente concedido, declarando todos los demás que estaban resueltos á seguir á su jefe.

Desde Zarau, una de las poblaciones que Pizarro encontró en su camino, envió á Hernando de Soto con un corto destacamento á Caxas, poblacion situada en el corazon de las montañas, y donde le habian dicho existía una guarnicion peruana, con el objeto de que explorara el sentido en que se hallaba.

Al cabo de algunos días tornó este de su expedicion, acompañando á un embajador del Inca, á quien habia encontrado en Caxas, y que era portador de un regalo para Pizarro.

Tenia además el encargo de saludar al jefe español, y de invitarle para que pasase á visitarle.

El verdadero objeto de esta embajada no era mas que el de conocer la fuerza con que contaba Pizarro, de lo cual hubo de conocerse este doblemente cuando habiendo enviado á uno de sus intérpretes indios, llamado Felipillo, al campo del Inca, á su regreso le hizo indicaciones bastante alarmantes.

La idea de Atahualpa, que se encontraba en Caxamalca rodeado de un poderoso ejército, no era otra que la de atraer á los españoles á aquel punto, y deshacerse de ellos, apropiándose sus armas, y reservándose algunos de los soldados que pudiesen servirle para enseñarle el manejo de ellas.

Terrible era la situacion en que Pizarro se hallaba, máxime contando con tan reducido ejército, pero habia adelantado ya demasiado para retroceder, y en su consecuencia arengó á los suyos, infundiéndoles ánimo, y prosiguió su camino hasta llegar á Caxamalca.

A corta distancia de esta ciudad, próximo á unos manantiales de agua caliente, hallábase acampado el ejército y el Inca habitaba un edificio construido para este objeto.

En la ciudad habia grandes almacenes de finísimos tejidos de lana, y por todas partes, tanto en los edificios, cuanto en las artes y en la industria, encontrábase muestras de una cultura y de un adelanto superiores á lo que pudiesen imaginarse los rudos expedicionarios.

Inmediatamente que llegó Pizarro á la ciudad envió á Soto, al frente de algunos ginetes, á saludar al Inca, averiguando por este medio sus intenciones, pero despues, pareciéndole que era muy escaso el número si acaso se veia tratado como enemigo, dispuso que su hermano Hernando marchara inmediatamente á reunirsele con veinte caballos mas.

El recibimiento que les hizo el Inca no fue muy satisfactorio, pues sin grandes muestras de agasajo se contentó con responderles: —«Decid á ese capitán que os envia que estoy en ayuno, y le acabo mañana por la mañana, que en bebiendo una vez yo iré con algunos de estos principales míos á verme con él, que en tanto él se aposente en esas casas que están en la plaza que son comunes á todos, y que no entre en otra ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer.»

Extraordinario fue el efecto que produjo en la reducida hueste la vista de aquel poderoso ejército, su buen armamento, su aire marcial, y todo el inmenso poder de aquel soberano, comparándole con lo reducido de sus fuerzas y con la situacion en que se hallaban tan lejos de todo auxilio, y en medio de un país enteramente desconocido.

Mas, sin embargo, los sombríos presentimientos, los temores de que se hallaban embargados todos aquellos soldados no hicieron mella alguna en el corazon de Pizarro que, caminando derecho á un objeto, ni el peligro le alteraba, ni las dificultades podian hacerle vacilar.

Si los enemigos contaban en su favor con su superioridad numérica y con la ventaja de luchar en terreno conocido, él abrigaba la confianza de que Dios estaba en favor de su empresa, resplandeciendo en él aquella fe característica en el soldado español de su tiempo, fe que, no solamente le servia para sostenerle en los mas críticos momentos, sino que se la infundía también á sus compañeros en las ocasiones mas supremas.

Comprendió, pues, lo que pasaba en el ánimo de sus soldados: adivinó que era preciso realizar alguno de sus golpes de audacia y de efecto, tanto para aterrar á sus contrarios, cuanto para reanimar el abatido espíritu de los suyos, y recordando lo que en una situacion parecida á la suya habia hecho su pariente Cortés, ideó apoderarse del Inca valiéndose de un ardid, é imponerse á sus soldados por este medio.

Aun cuando en su esencia la situacion de Cortés y la de Pizarro eran muy parecidas, no eran las circunstancias en que ambos se hallaban completamente iguales, estando toda la desventaja por parte del segundo, puesto que, no solamente contaba con menos gente que aquel, sino que carecia de tribus auxiliares y se hallaba en campo abierto y frente á frente con un ejército enemigo, un tanto aguerrido y disciplinado, siéndole completamente hostil todo cuanto le rodeaba.

A pesar de esto no tenia otro remedio que jugar el todo por el todo, puesto que analizada friamente su situacion habia llegado á hacerse sumamente crítica, máxime teniendo en cuenta las poco favorables disposiciones en que Atahualpa se encontraba respecto á él y á sus compañeros.

Reunió á sus capitanes, propúsoles el único medio que podia darle el resultado apetecido, aprobáronle todos, y diéronse las disposiciones necesarias para que al día siguiente tuviera realizacion cumplida el proyecto.

Al día siguiente Atahualpa, segun habia prometido, dirigióse á Caxamalca precedido de una multitud de nobles de su corte, y rodeado de su guardia, y de una muchedumbre de criados, elevándose el total á algunos millares.

Los soldados de Pizarro, que se habian preparado para la empresa confesando y comulgando aquella mañana, estaban distribuidos oportunamente en los edificios y alrededores de la gran plaza de la ciudad, y á una señal de antemano dispuesta, tan luego como el Inca y su comitiva hubieron penetrado en ella, arrojáronse sobre él apoderándose de su persona, é hicieron una mortandad horrible entre los suyos.

Los historiadores que de este suceso se ocupan no están muy acordes respecto al número de victimas causadas por tan atrevido golpe de mano; unos consignan la cifra de dos mil, elevánla á diez mil otros, aunque, á nuestro juicio, con exageracion, pero sea una ú otra la verdadera, no por eso se aminora en nada el mérito del hecho, ni pueden negarse los excelentes resultados que produjo.

Fue tal la consternacion que se espació entre aquel poderoso ejército, y tan grande el terror que inspiraron los españoles, que inmediatamente se desbandó, dándose á huir por todas partes, y llevando las noticias del desastre hasta los puntos mas retirados del imperio.

Cautivo el Inca participaron tambien de su cautividad, aun cuando voluntariamente, sus mujeres y muchos de sus servidores, y al comprender Atahualpa que la codicia ocupaba un gran lugar en el corazon de los españoles, procuró encontrar satisfaciéndola el medio de salir de su prision.

Inmenso habia sido el botin recogido por los españoles el día que le sorprendieron, puesto que la mayor parte de los que le acompañaban ostentaban ricas joyas de oro y pedrería, y en el campo de aquel encontróse tambien un número extraordinario de objetos de oro y plata, destinados para su servicio particular, pero la proposicion hecha por Atahualpa para conseguir su libertad superaba á todo cuanto podian haber soñado los expedicionarios.

Comprometiéndose á llenar de oro toda la habitacion en que se hallaba hasta la altura donde él alcanzase con la mano, y aceptada por los españoles semejante proposicion, llamóse al escribano real para que tomase nota de ella, tirando una línea á la altura indicada, resultando tener la habitacion diez y siete piés de ancha por veinte y dos de larga, y la altura de la línea de nueve piés, cuyo espacio habia de llenarse de oro en el espacio de dos meses, é inmediatamente partieron los enviados del Inca para todos los puntos de su imperio, al objeto de allegar el rescate prometido.

Durante este tiempo, y temeroso Atahualpa de que los españoles trataran de poner en libertad á su hermano Huascar, patrocinando los derechos de este, envió con el mayor sigilo orden para que le dieran muerte, como así se verificó.

Por este tiempo, y mientras se iba reuniendo la inmensa cantidad de oro y plata necesaria, llegó Almagro de Panamá al frente de ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, refuerzo importantísimo para Pizarro, y que influyó de una manera extraordinaria en la suerte del Inca.

Todavía no habia llegado á su límite la cantidad estipulada cuando la avaricia, excitada poderosamente, exigió se procediese al reparto, y fundiendo los mismos plateros indios aquellos preciosos objetos con tanto afán é inteligencia trabajados, y reducido á barras de igual peso y tamaño, arrojó un total en el oro de un millón trescientos veinte y seis mil quinientos treinta y nueve pesos, equivalentes á quince millones y medio de duros de nuestra moneda actual, y la plata á cincuenta y un mil setecientos diez marcos.



LIT. VIDAL, OLMO, 43

J. SERRA, LIT.

MONTEO, PINT.

FUNERALES DE ATAHUALPA



## CAPITULO L.

Proceso formado al Inca.—Su ejecución.—Llegan los españoles al Cuzco.—Combates con los indios.—Coronación del Inca Toparca.—Su muerte.—Mango Capac es elegido emperador.—Tórname enemigo de los españoles.—Belalcázar se apodera de la ciudad de Quito.—Terrible insurrección de los indios.

**FUNESTA** influencia ejerció en la suerte de Atahualpa la llegada de Almagro.

Hechas las particiones del tesoro, aun cuando no cumplido en su totalidad todo el compromiso fijado para el rescate de Atahualpa, parecía lo más lógico que se le hubiera puesto en libertad.

Mas como esto, que era lo más justo, era á la vez también lo más inconveniente para la seguridad de aquel puñado de soldados que acababan de obtener un tan señalado triunfo, por mas que el Inca reclamaba el cumplimiento de la palabra empeñada, puesto que Pizarro, por medio de un instrumento público, le eximió de toda nueva obligación respecto al rescate, dándose ya por satisfecho, manifestó este después que era necesario continuase preso para seguridad de los españoles hasta que recibiesen nuevos refuerzos.

Comprendemos perfectamente que la espesada circunstancia exigía que se adoptasen cierta clase de precauciones, mas al mismo tiempo, y con la imparcial severidad del historiador, no podemos menos de calificar la conducta de Pizarro, tanto en este como en los hechos subsiguientes, de una manera dura y enérgica, pues ni el fondo ni la forma empleada para evadir el compromiso que había contraído con Atahualpa respecto á su rescate, ni el proceso incoado después para librarse de él, están justificados.

Entre las dos conquistas, entre la de Méjico y la del Perú, debemos confesar que nuestras simpatías se encuentran mas bien al lado de la primera que de la segunda, aun cuando á la vez también hemos de convenir en que Hernán Cortés, desde los primeros momentos, se encontró en mejores condiciones que Pizarro, tanto en los elementos con que contaba, como respecto á capacidad é inteligencia, y no tuvo necesidad de recurrir á los violentos y censurables extremos que este, pa á la seguridad de su huésped.

Si Guatimocin, último emperador de aquel país, fue muerto por los españoles, debióse, según los mismos historiadores, mas que á otra cosa, á las instigaciones del tesorero Alderete, mientras que la muerte de Atahualpa, llevada á cabo por Pizarro, bajo el pretexto de que había usurpado la corona á su hermano Huascar, y que había procurado sublevar á sus vasallos contra los españoles, fue hija solamente de una mal entendida necesidad de imponerse á los indios para infundirles temor; de exigencias de una soldadesca avara y recelosa, y de una aquiescencia por parte de Pizarro, que no pudo coonestar ante la historia con el hipócrita sentimiento de que dió muestras después de verificada la ejecución.

Desde la llegada de Almagro y de sus soldados, los rumores de próximas sublevaciones contra los españoles fomentadas por el Inca, tomaron mayor cuerpo, y fue necesario formar una especie de tribunal, del que eran jueces Almagro y Pizarro, tribunal que casi por unanimidad condenó al desdichado Monarca á ser quemado vivo.

«Hubo, sin embargo, dice un historiador de aquella famosa conquista, algunos en aquel tribunal militar que se opusieron á estas medidas arbitrarias considerándolas como una insigne ingratitud á los favores recibidos del Inca, el cual, hasta entonces solo agravios había tenido en pago. Declararon que eran insuficientes para condenarle los testimonios que deponían en su contra, y negaron que el tribunal tuviese autoridad para sentenciar á un príncipe soberano en el centro de sus propios dominios, pues, en caso de haberle de formar causa debía ser enviado á España y juzgado ante el emperador, único que tenía facultades para decidir de su suerte (1).»

La ejecución tuvo lugar el día 23 de agosto de 1533, conmutándosele la pena de la hoguera por la de horca en gracia de haber abjurado los errores de su religión, bautizándosele y tomando el nombre de Juan Atahualpa.

Inmediatamente que murió el Inca, el primer paso de Pizarro, antes de internarse en dirección al Cuzco, fue nombrarle sucesor, eligiendo para el efecto á un hermano de Atahualpa, llamado Toparca, cuyo reinado fue bien breve, no siendo durante él mas que un instrumento de Pizarro que era quien le había dado el imperio.

Chalchucuma, uno de los antiguos guerreros de Atahualpa y general de gran fama, no pudo recobrar su libertad con la muerte de su señor y continuó prisionero de los españoles, siguiendo la marcha de estos hacia el Cuzco lo mismo que el nuevo Emperador.

Cuarenta días estuvo el ejército expedicionario para salvar la distancia que separaba á Caxamalca de aquella capital, objeto de sus aspiraciones. Grandes privaciones y trabajos hubieron de sufrir durante aquella marcha, pero harto compensados quedaron con el botín que consiguieron.

Durante el viaje vieron obligados varias veces los soldados de Pizarro á sostener empeñados combates con los indios, acudidos por Quizquiz, otro de los afamados generales peruanos.

Bastantes de aquellos perdieron la vida en tales combates, puesto que el ataque comenzaba á organizarse de un modo imponente, y como los españoles sospecharon que Chalchucuma pudiera estar en connivencia con sus compatriotas, sujetaronle á un consejo de

guerra; por aquellos días ocurrió la muerte del nuevo Inca Toparca, y recayendo las sospechas en el prisionero general, fue condenado á ser quemado vivo, cuya sentencia tuvo lugar en el valle de Xaquixaguama, á unas cinco leguas del Cuzco.

En este punto recibió la visita del joven príncipe Mango, hermano de Huascar, y legítimo heredero del imperio, el cual iba á reclamarle, y á ponerse bajo la protección de los españoles.

Satisfecho escuchó Pizarro su pretensión, verificándose su coronación en el Cuzco con grandes fiestas y regocijos.

Organizado ya el gobierno municipal de la ciudad, recibió la noticia de que Pedro de Alvarado, uno de los capitanes de mas fama que había tenido Cortés en la conquista del imperio Azteca y gobernador que era á la sazón de Goatemala, excitado por las noticias que á sus oídos llegaron del Perú, había desembarcado en la bahía de Caracas al frente de quinientos soldados, cuya mitad eran de caballería, con ánimo de apoderarse de Quito, á cuya provincia se dirigía también el capitán Sebastian Belalcázar, gobernador que Pizarro había dejado en la colonia de San Miguel.

Almagro salió inmediatamente del Cuzco para oponerse á la marcha de Alvarado, y reunido con Belalcázar tomó posiciones para esperar á aquel, cuyas tropas habían sufrido grandes penalidades y trabajos.

Puestas frente á frente ambas huestes, entabláronse negociaciones, y merced á estas, Alvarado, por la cantidad de cien mil pesos de oro, cedió al gobernador sus buques, sus tropas y todos sus almacenes, celebrando antes de abandonar aquel país una entrevista con Pizarro que había salido del Cuzco llevándose consigo al Inca, y dejando á su hermano Juan la guarda de aquella población.

Con la inesperada solución que tuvo la empresa de Alvarado, y con los triunfos adquiridos por los soldados españoles sobre los últimos restos de los antiguos guerreros de Atahualpa, completóse la pacificación del país, pudiéndose dedicar Pizarro á la edificación de la que había de ser capital de aquel colosal imperio.

Para esto eligió el Valle de Rimac, á orillas de un ancho río, poniéndose inmediatamente los cimientos para la ciudad que primeramente se denominó de los Reyes, y posteriormente Lima por una corrupción del primitivo nombre indio de Rimac.

Entre tanto Hernando Pizarro había llegado á España siendo portador de medio millón de pesos de oro, y gran cantidad de objetos del mismo metal, artísticamente trabajados, presentándose al Emperador que se hallaba á la sazón en Calatayud, quien confirmó á Pizarro y á sus socios todas las concesiones que anteriormente les hiciera, de la manera mas amplia, extendiendo los límites de su jurisdicción hasta setenta leguas mas hacia la parte del Sur y dando al mismo tiempo á Almagro facultades para descubrir y ocupar el país en una distancia de doscientas leguas, á contar desde el límite meridional del territorio de Pizarro.

Al mismo tiempo se dieron órdenes para facilitar á Hernando Pizarro los medios de equipar una nueva y mas poderosa flota, con la cual se hizo á la vela para el Perú, consiguiendo llegar tras no pequeños azares y contratiempos.

Almagro, que estaba en el Cuzco á la sazón, supuso que esta capital estaba comprendida en los límites del territorio que se le había señalado, y cuyos detalles supo por los comisionados que de su parte tenía en España, y que llegaron con la flota de Hernando, por lo cual empezó á ejercer su autoridad, siendo esto origen de disturbios y desavenencias entre ambos capitanes.

Felizmente pudieron arreglarse aquellas diferencias cuando mas amenazaban llegar á un rompimiento formal, partiendo Almagro para explorar la región de Chile mientras Pizarro se ocupaba del adelanto y progreso de su naciente ciudad.

La marcha de Almagro fue la señal para que estallase la gran conjuración concertada algun tiempo antes, y que no había aguardado mas sino que estuviesen divididas las fuerzas de sus contrarios.

Los excesos cometidos por la soldadesca, especialmente por la que con Alvarado viniera de Goatemala, habían llegado á agotar la paciencia de los indios; el mismo Inca, cansado ya del ridículo papel que estaba haciendo, menospreciado por los españoles y desatendidas cuantas reclamaciones dirigía á su jefe, tomó parte en el levantamiento proyectado, determinando sacudir aquel yugo, y preparado el alzamiento, tuvo este lugar tan luego como Almagro marchó á la expedición de Chile.

Evadióse el Inca del Cuzco, y puestas en armas todas las poblaciones inmediatas acudieron en auxilio de su soberano; los hermanos de Pizarro, á cuyo cargo estaba el gobierno de la ciudad, se vieron sitiados por doscientos mil peruanos, mientras que Lima, sufrió también simultáneamente, el asedio de otro ejército de indios, y todos los destacamentos españoles fueron acuchillados sin compasión por doquiera, sin poderse prestar auxilio alguno.

Felizmente resistieron con heroica bravura los pocos soldados que los hermanos Pizarros tenían en Cuzco, y la llegada de Almagro, de vuelta de su expedición á Chile, acabó de obligar á los peruanos á refugiarse en sus montañas.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 19.

ASESINATO DE PIZARRO.

Rivera Editor, Barcelona, Robador, 84 y 86.

(1) Prescott, *Historia de la conquista del Perú*.